

Ricardo Peltier San Pedro

Buenos Aires y el trío "Los Panchos"



Xochimilco Editions

Colección: Recuerdos de Buenos Aires

MÉXICO

Mayo 2019

Derechos Registrados D.R. Copyright

Ricardo Peltier San Pedro

Buenos Aires y el trío "Los Panchos"



Xochimilco Editions

**México ~ Barcelona ~ Bogotá ~ Buenos Aires ~ Caracas ~
Madrid ~ Montevideo ~ Miami ~ Santiago de Chile
~ París ~ Los Ángeles ~ Londres**

Siempre he sentido que hay algo en Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que le guste a otras personas. Es un amor así, celoso.

Jorge Luis Borges

Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más pena ni olvido.

Alfredo Le Pera

De Buenos Aires tendría que decir muchas cosas... Que es mi vida, que es el tango, que es Gardel, que es la noche... Que es la mujer, el amigo...

Aníbal Troilo

Un recuerdo imborrable que tengo de cuando fui de vacaciones a la ciudad de Buenos Aires en el verano de 1973, fue la noche en que Los Panchos cantaron en la residencia del embajador de México en la Argentina —en el número 1650 de la calle Arcos—, en el barrio de Belgrano, una zona rodeada de anchas avenidas y grandes alamedas. El trazado irregular de las calles y la inconfundible imagen de la residencia del embajador, y de otras más, reflejan claramente la fuerte influencia ejercida por la arquitectura francesa.

En 1927, el 9 de julio, para ser precisos —día de la declaración de la independencia de Argentina— el escritor Alfonso Reyes presentó sus cartas credenciales al presidente argentino Marcelo T. de Alvear, en la Casa Rosada, formalizando así las relaciones diplomáticas entre México y Argentina. La sede de la embajada de México se instaló, en aquel entonces, en Barrio Norte, muy cerca del Palacio de San Martín, en el 820 de la Calle Arroyo.

Mi amigo Óscar de la Garza, quién realizaba sus estudios de ciencia política en la Universidad Nacional de Rosario, me avisó del evento de Los Panchos.

—El viernes en la noche —me dijo— se presenta en la residencia del embajador el trío de Los Panchos, y Jaime del Palacio, el agregado cultural de la embajada, me acaba de invitar... ¿Tú quieres ir? —me preguntó.

—¡Por supuesto que sí! —le contesté sin pensarlo dos veces.

—¡La cosa va a ser elegante! —me advirtió en seguida—, ¡estará presente el embajador Celso Humberto Delgado Ramírez! —me hizo saber.

Lo de “estará presente el embajador” lo remarcó de tal forma que me quedó muy claro que si yo quería asistir, tendría que ir vestido de manera adecuada.

Por cierto, si mi viaje a la Argentina lo hubiera realizado un año antes, en 1972, hubiera tenido la oportunidad de saludar a don Teófilo Borunda Ortiz —embajador de México en la Argentina de 1971 a 1972—, pues fue gran amigo de mi papá; de hecho, estuvo a punto de colaborar con él cuando don Teófilo asumió en 1956 la gubernatura del estado de Chihuahua.

Cuando partí a la Argentina no estaba entre mis planes asistir a ningún evento formal, por lo que no eché en la maleta ni un saco, ni un pantalón sastre, ni una camisa blanca, ni una corbata, y mucho menos unos zapatos de vestir; esto es, no tenía ropa “decente” para asistir al evento musical de gala que se iba a realizar la noche del viernes en la residencia del embajador.

Como Óscar me había notificado del evento la noche del miércoles, no disponía de mucho tiempo para resolver el asunto de la vestimenta.

Para colmo, yo había quedado de ir en la tarde del jueves al estudio de Ileana Vegezzi, la “Pucci”, la famosa pintora argentina amiga de Óscar, pues quería hacerme un retrato a lápiz, por lo que solo disponía de la mañana del jueves para comprar lo necesario. Una semana antes, la “Pucci” le había hecho un retrato a Enrique de la Garza —el hermano de Óscar—, y la verdad de las cosas, yo quería también uno, pues no era algo menor ser dibujado por una de las artistas plásticas más destacadas de la Argentina.

Así que en la mañana del jueves me lancé al centro de Buenos Aires en busca de una tienda de ropa para caballero en la que pudiera conseguir todo el atuendo completo. Como Enrique de la Garza y yo nos habíamos hospedado en la casa de la mamá de mi maestra Silvia Molina —en esa época me daba clases

de sociología en la Facultad de Ciencia Políticas y Sociales de la UNAM—, me tuve que levantar muy temprano, pues la casa se encontraba algo retirada del centro de la ciudad.

Después de visitar tres o cuatro sastrerías encontré una, la Sastrería Master, ubicada en la Av. Santa Fe, entre Suipacha y Carlos Pellegrini, cerca de la Av. 9 de julio, en la que había trajes para caballero de buena calidad. Para mi fortuna, la conversión de dólares americanos a pesos argentinos me *convirtió* en un turista de alto poder adquisitivo —el gobierno del presidente Alejandro A. Lanusse, que concluyó en mayo de 1973, había dejado a la Argentina inmersa en una severa crisis económica—, por lo que sin mayor problema pude comprarme un traje beige de lino confeccionado a mano, una camisa blanca de algodón de Egipto, una corbata de seda italiana, un cinturón de cuero de vestir inglés, unos calcetines de algodón manufacturados en los EUA, y finalmente, unos zapatos cafés de vestir italianos.

Así las cosas, en la noche del viernes llegué a la residencia del embajador de México hecho un verdadero *dandy*. De acuerdo con la invitación, el evento de Los Panchos tendría lugar a las 8:30 horas de la noche; yo arribé antes de las ocho. A esa hora —debo decir— la residencia del embajador ya estaba atiborrada de gente, por lo que tuve que dar uno que otro codazo para poder traspasar el portón de la entrada y sobre todo llegar al jardín, lugar en donde se llevaría a cabo el evento.

Contra lo que yo esperaba, el trío de Los Panchos había atraído a toda la comunidad artística de Buenos Aires; cantantes, bandoneonistas, pianistas, guitarristas, compositores, contrabajistas, bateristas, bailarines, estaban expectantes por escuchar los boleros que hicieron famoso al trío en México y —para mi total sorpresa— al parecer también... ¡en Argentina!

En lo que comenzaba el espectáculo, empecé a conversar con algunos de ellos. Uno que estaba a mi lado me dijo con la voz entrecortada por la emoción, lo maravilloso que le parecía la manera en que uno de los integrantes de Los Panchos tocaba el requinto...

—¡Es increíble! —me decía una y otra vez—.

Otro me comentaba sobre la calidad de las voces:

—¡Mirá vos! —me decía—.

—¡Hacen la primera y la segunda de manera inigualable!

—¡Son fantásticos! —exclamaba otro más

—¡Muero por verlos cantar! —se escuchó gritar a alguien emocionado.

Este último estuvo a punto de morir, pues había pasado más de una hora y el espectáculo no daba comienzo: —¿Y los Panchos? —preguntaba angustiado—. ¿En dónde están? ¿A qué hora llegan? ¿Van a venir?

En eso, uno de los asistentes del embajador se trepó en el escenario que para tal efecto se había improvisado en la terraza de la residencia que estaba a un lado del jardín —eran alrededor de las 21:30 horas—, para comunicar que Los Panchos estaban por llegar, que era cosa de minutos... ¡Que tuviéramos paciencia!

Pero no fue así. A las 22:30 horas Jaime del Palacio —el agregado cultural de la embajada—, subió al escenario y con micrófono en mano informó a los presentes, luego de pedir mil disculpas, que el trío de Los Panchos estaba por arribar a la residencia del embajador... ¡que estaban prácticamente a la vuelta de la esquina!

Empero, transcurrió todavía una hora más, hasta que a eso de las 23:30 horas apareció de repente en el escenario, dando traspiés y a punto de caerse al suelo —se veía a leguas que se le habían pasado las copas— el fundador y director del famoso trío, el poblano Alfredo Bojalil Gil, mejor conocido en el medio como *El Güero Gil*. En el momento en que iba a tomar el micrófono para decir algunas palabras aparecieron —¡para su suerte!— los otros dos integrantes del trío: Chucho Navarro (segunda voz y guitarra) y Ovidio Hernández (primera voz y guitarra), también dando tumbos y a punto de caerse... ¡e igual de alegres que el notable ejecutante del requinto y tercera voz del grupo!

Después de balbucear algunas palabras inaudibles, *El Güero Gil* mejor optó por agarrar su guitarra y empezar a tocar lentamente la breve introducción de “Hasta Mañana”, el bolero que los identifica en todo el mundo y que les abrió de par en par las puertas de todas las compañías grabadoras de discos, en particular la CBS Columbia.

En seguida —sin pausa alguna—, el trío interpretó “Sabor a Mí” y “Página Blanca”. Al concluir este último bolero, los aplausos y el júbilo de los asistentes no se hicieron esperar. ¡Los argentinos estaban vuellos locos!

Ya entrados en gastos —y un poco más sobrios—, los tres integrantes de Los Panchos interpretaron durante dos horas seguidas, sin interrupción alguna, los boleros de más éxito que desde el año de 1944 empezaron a cantar en New York —en esa ciudad *El Güero Gil* fundó el trío— para cerrar su etílica participación interpretando, ni más ni menos, que el bellissimo bolero... “Sin Ti”.

Al terminar de cantar la última estrofa de esta romántica canción...

Sin ti

Es inútil vivir

Como inútil será

El quererte olvidar

... los argentinos se pusieron de pie y aplaudieron a rabiar durante varios minutos.

Una vez que el embajador de México, don Celso Humberto Delgado Ramírez, agradeció a Los Panchos su participación, y a los presentes su asistencia, la gente empezó a retirarse de la residencia del embajador, felices por haber tenido la oportunidad de escuchar al trío más famoso de México, de Argentina ¡y del Mundo!

Al regresar a México, guardé en un cajón del closet de mi cuarto los discos LP de los Beatles, de los Rolling Stones y de John Mayall, y empecé a comprar los discos de Los Panchos...



Xochimilco Editions
Colección: Recuerdos de Buenos Aires
MÉXICO
Mayo 2019
Derechos Registrados D.R. Copyright